

EDMUND BURKE Y LA CIENCIA DE LA POLÍTICA¹

HOMBRES DE ESTADO CONTRA POLÍTICOS

La Ciencia Política mira a Edmund Burke (1729-1797) con sumo escepticismo. Alega su vocación literaria como principal obstáculo para tomarlo en serio. Burke, en efecto, quería ser escritor, pero su padre lo mandó a Londres a estudiar Derecho. En principio nada impide que un escritor pueda ser un competente estudioso de la política, e incluso un brillante hombre de Estado. Recordemos que el premio Nobel de Literatura de 1953 le fue concedido a Winston Churchill (1874-1965). Otro primer ministro, Benjamin Disraeli (1804-1881), también escribía novelas antes de dedicarse a la política. Y ahora lo hace, ya alejado de la actividad política, el expresidente francés Valéry Giscard d'Estaing. Barack Obama fue un escritor de éxito antes de llegar a la Casa Blanca y el premio Nobel de Literatura de 2010, Mario Vargas Llosa, aspiró en su momento a ser presidente de su país.

Aunque ejerció toda su vida de parlamentario en la oposición, Burke consiguió ascender a la categoría de hombre de Estado, lo cual no signi-

Eduard Tarnawski es profesor ayudante doctor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia. Departamento de Derecho Constitucional, Ciencia Política y de la Administración.

¹ Redacción y traducciones: Isabel Español Realp.

fica que no supiera actuar con la exaltación y la retórica de un político; es a este nivel al que la Ciencia Política querría relegarlo. Ésta se complace en recordar que, después de un discurso de diez horas en el que fingió un desmayo para causar efecto, no consiguió su objetivo; no menciona, sin embargo, que Burke fue el parlamentario más activo de su generación; que se retiró de la política a los sesenta años de edad y veintinueve años de vida parlamentaria, habiendo pronunciado seiscientos discursos.

Burke era un *animal político*, y en él confluían las circunstancias que se requieren para no ser más que eso, un político: era un hombre sin recursos económicos en un partido de hombres ricos que defendía los intereses de los ricos; un forastero que supo abrirse camino en las más altas esferas de la política londinense. Su obra *Reflexiones* ponía fin a su enemistad con el rey Jorge III (1738-1820) y cabe sospechar que este cambio se debió a que, cercano el fin de su carrera parlamentaria, necesitaba recabar ayuda económica de la Corona, pues no contaba con recursos de subsistencia propios.

Con todo, aspiraba a ser un hombre de Estado. Lo que distingue al hombre de Estado del político es que aquél no pierde de vista los principios. Al contrario, se caracteriza por aplicar los principios a la política, atendiendo a las circunstancias, pero sin eludir la responsabilidad de actuar, pues, de no hacerlo, contribuiría a la irreparable ruina de su país.

Se dio a conocer en 1757 por un escrito sobre arte y filosofía². Al poco tiempo pasó a dirigir una revista de política. Inició su actividad política en 1760, cuando se le presentó la ocasión de acercarse al poderoso representante del Gobierno en Irlanda William Gerard Hamilton (1729-1796). En 1765 obtuvo el puesto de secretario privado del líder *Whig* lord Rockingham (1730-1782), quien fue en dos ocasiones primer ministro, aunque por un tiempo muy breve. Este hombre rico y de pocos intereses intelectuales, cuya pasión en la vida eran las carreras de caballos, fue quien en 1765 dio al joven poeta la oportunidad de obtener un escaño en el Parlamento. Y lo

² **Burke, Edmund** (1995): *Indagación filosófica sobre el origen de las ideas acerca de lo sublime y lo bello*. Ediciones Altaya. Madrid.

que es más importante, lo formó para ser un *whig*, o sea, para mantenerse firme en la oposición al Rey³.

Burke fue *statesman* sin ser primer ministro, sin pertenecer al Gabinete, sin ser el líder de su partido. Y aun así consiguió transformar por completo la escena política británica. Pasó a la historia por desmontar a los *Whig* como formación política. Si hubiera sido sólo un *político* abandonando su partido, el *Whig*, se habría pasado a los *Tory* a apoyar a William Pitt the Younger (1759-1806), y sería lo que hoy llamamos un tráfuga. Pero él se sentía un gobernante, y, en palabras suyas, lo único que capacita a una persona para gobernar “es la virtud y la sabiduría, demostradas o propuestas. Dondequiera que se encuentren, cualquiera que sea el estado, la condición, la profesión o el oficio en que se den, les corresponderá un lugar en el Cielo de los hombres. ¡Ay del país que de manera impía e insensata rechaza los servicios de las gentes con talentos y virtudes civiles, militares o religiosos que le han sido dadas para servirle, y que condene a la oscuridad a todo el que está capacitado para dar lustre y gloria al Estado! Asimismo, ¡ay del país que, yendo al extremo opuesto, considere que una educación escasa, una visión limitada de las cosas y una ocupación sórdida y mercenaria son mejores títulos para ejercer el mando!”⁴.

La Ciencia Política le reconoce a Burke el mérito de haber acuñado la primera definición de partido político⁵. Pero no por ello le otorga su confianza. Un tipo que cree que por encima de la política no hay nada, y mucho menos la teoría política, no puede sino resultarle fastidioso e inoportuno. Los politólogos, para quienes la política sólo existe para dividir, no para unir, no pueden ver con buenos ojos a alguien que no era ni quería ser politólogo. Eso ya sería agravio suficiente. Pero hay otros agravios imperdonables: Burke no creía que los hombres pudieran gobernarse por sí mismos, no creía que estuvieran dispuestos a someterse al dictado de

³ **Lock, F. P.** (2008): *Edmund Burke: 1730-1784 Volume 1*, Clarendon Press, Oxford, p. 211.

⁴ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 91.

⁵ **Burke, Edmund** (1980): “Partido y representación”. Lenk, Kurt y Neuma, Franz (eds.), *Teoría y Sociologías críticas de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona, pp. 82-83; **Sartori, Giovanni** (1991): “En defensa de la representación política” *Claves de Razón Práctica*, nº 91, pp. 2-6.

abstracciones o universalidades. No es que despreciase las ideas abstractas como tales, pero sabía que las visiones generalistas se las puede permitir el político y también el filósofo, pero no el *statesman*, que tiene en mente un sinfín de variables que combinar con ideas generales a la hora de tomar decisiones.

Un *statesman* tiene que saber reconocer a los enemigos reales, no a los que juegan a hacer revoluciones, como la Ciencia Política sugiere que hacían los jacobinos ingleses⁶. Burke no infravaloraba su fuerza. Estimaba que en 1796, de los cuatrocientos mil ciudadanos políticos, una quinta parte, o sea, ochenta mil, eran jacobinos irremisibles, que debían ser objeto de vigilancia permanente, y, en cuanto estallaran, también de control legal. Pues nada –ninguna razón ni argumento, ningún ejemplo ni autoridad venerable–, podía ejercer sobre ellos la mínima influencia. Sólo deseaban un cambio, y lo tendrían. Si no mediante la conspiración inglesa, no tendrían escrúpulos en conseguirlo mediante la conspiración de Francia, en la que ya estaban virtualmente incorporados. Era sólo su segura y confiada esperanza en las ventajas de la fraternidad francesa y en los próximos beneficios del regicidio lo que daba una apariencia de calma momentánea a sus tremendos propósitos⁷. Todo aspirante a *statesman* tiene que dejar al margen la Ciencia Política, pues ésta afirma que, por la vía de la votación, todo es posible, incluso disolver un reino.

Seguir a Burke implica asumir que la política es un asunto de hombres que tienen sentimientos, afectos y pasiones. La política no es posible sin lo implícito, lo tácito, lo sobreentendido; la política no escribe en negro sobre blanco. La política se hace con lo que está en el fondo del corazón. Por eso, dice Burke, los que ven sólo *contratos* no son aptos para ser hombres de Estado. Los contratos tienen siempre un sentido ocasional y por lo tanto pueden siempre disolverse voluntariamente. Los contratos no se pueden

⁶ **Epstein, James** and **Karr, David** (2007): "Playing at Revolution: British 'Jacobin' Performance" *The Journal of Modern History*, vol. 79, n.º. 3, pp. 495-530.

⁷ **Burke, Edmund** (1999): *Select Works of Edmund Burke*. A New Imprint of the Payne Edition. Foreword and Biographical Note by Francis Canavan (Indianapolis: Liberty Fund, 1999): vol. 3. Chapter: Letter I: On the Overtures of Peace, Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/658/20379/1383284> on 2011-02-28

aplicar a la vida de un Estado, que no es una asociación para el comercio de la pimienta y el café, el algodón o el tabaco⁸. Un Estado no es un negocio, no puede ser disuelto al antojo de las partes contratantes, ni mediante escritura pública elevada ante notario. Para llegar a ser un Estado no basta tener intereses en común. “Como los fines de una asociación así no pueden obtenerse ni siquiera a lo largo de muchas generaciones, la asociación llega a ser, no sólo entre los vivos, sino también entre los vivos y los muertos y los que están por nacer”⁹.

PODER Y LIBERTAD

La Ciencia Política califica *Reflexiones* de panfleto, y desprecia a su autor por no haber escrito ningún tratado de Ciencia Política; pero, ¿acaso lo es *El Príncipe*? Nicolás Maquiavelo (1469-1527) fue uno de tantos hombres que, una vez apartados del poder, encuentran consuelo redactando unos pensamientos más bien banales que, sin embargo, acaban siendo elevados a la categoría de alfa y omega del atlantismo. La diferencia aquí estriba en lo siguiente: este último escribió como político, mientras que aquél lo hizo como *statesman*. A la hora de decir lo que pensaba a sus electores, Burke hablaba sin ambages, movido por lo que él creía era la verdad. Así, por ejemplo, decía que un partido es la unión de unos individuos que se esfuerzan conjuntamente por promover el interés nacional según un determinado principio con el cual están todos de acuerdo. Para Maquiavelo y la Ciencia Política que le sigue, el poder es el centro de su reflexión política. Por el contrario, Burke hace de la libertad, siempre concreta y palpable, el punto de referencia de su pensamiento y actuación. La única libertad posible es la *libertad inglesa*. No viene dada por nadie, sólo puede ser heredada. La libertad es una bendición de primer orden, es el resorte vital y la energía del reino, cuya vida y vigor dependen precisamente del grado de libertad y no del grado de democracia.

La Ciencia Política finge cuando dice no comprender cómo uno se puede oponer a la democracia, y explica la postura de Burke en términos de in-

⁸ Burke, Edmund (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 155.

⁹ Burke, Edmund (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 155.

movilismo. Burke no se opone a la democracia porque le asuste lo nuevo sino porque ésta no da garantías para preservar la libertad. La libertad no es una meta por conquistar sino un deber por defender en el propio país. La libertad no se extrae de unos principios ni de una constitución escrita. La libertad viene con la historia de Inglaterra y es la misión de dos instituciones, la Corona hereditaria y la Cámara de los Comunes, el custodiarla. Esta libertad es el patrimonio legado por los antepasados cristianos, que vivían sometidos al Derecho romano y cultivaban costumbres teutonas.

Cuando en 1790 habla de defender los principios o de preservar el país de la maldad y del yugo de un poder maligno es consciente de que ésta no es una prioridad para el primer ministro Pitt. Sabe que a éste le interesa más el tratado de libre comercio con la vecina Francia que emprender una *culture war* contra los jacobinos. Después del debate del 9 de febrero de 1790, que le sepultó políticamente para siempre, el diputado, expulsado de su partido, tuvo que emprender la guerra por su cuenta. Anunció la noticia de que estaba preparando la publicación de un libro en el cual prometía denunciar a los seguidores ingleses del jacobinismo. Los que se dieron por aludidos en seguida se pusieron en guardia y se prepararon para responder.

Era evidente que el destinatario de *Reflexiones* no podía ser el joven francés al que alude el subtítulo, sino el Gobierno británico. La publicación de *Reflexiones* el 1 de noviembre de 1790 surtió el efecto que Burke esperaba, que no era otro que provocar a sus contrincantes, obligándolos a salir de la sombra con el rostro descubierto para así tomar medidas severas contra ellos. No quería discutir con ellos, quería criminalizarlos. Por su parte, éstos le agradecieron que les brindara la ocasión de hacer propaganda.

El texto se publicó dieciocho meses después de la toma de La Bastilla porque su objetivo no era alertar del peligro que avanzaba hacia el Reino Unido procedente del otro lado del Canal. El enemigo estaba en casa mucho antes de que estallase la Revolución en Francia. Burke no pensaba, desde luego, en Thomas Paine (1737-1809)¹⁰. Su nombre no aparece en las

¹⁰ Clark, Jonathan Charles Douglas (2001): "Introduction" Burke, Edmund, *Reflections on the Revolution in France. A critical edition*, Stanford University Press, Stanford, pp. 23- 140, p. 53.

Reflexiones pero fue el primero en presentir que Burke preparaba un libro. Inmediatamente informó de sus sospechas a Charles James Fox¹¹. En mayo de 1792 estaba en las librerías la respuesta: *Derechos del hombre: Respuesta al ataque realizado por el Sr. Burke contra la Revolución Francesa*¹². Fue un gran *bestseller*, con más de un millón de ejemplares vendidos entre 1792 y 1793¹³. Aunque *Reflexiones* no fue un fracaso editorial, no consiguió vender más de 30.000 ejemplares. Pero con él Burke no pretendía ganarse inmediatamente la opinión pública, sino convencer al Gobierno y en particular al primer ministro y al Rey. Este objetivo no se podía alcanzar por la fuerza de los argumentos presentados en su libro sino sólo a base de poner en evidencia la reacción de los jacobinos ingleses. También en ello se cumplieron sus previsiones. Como reacción inmediata al libro de Paine, el primer ministro Pitt emprendió acciones penales y decidió abrir un *caso de sedición* contra su autor, que mientras tanto había sido elegido para la Convención Nacional por Calais. En diciembre de 1792 Paine, *in absentia*, fue condenado a un año y medio de cárcel, lo cual le convertía en mártir de la revolución, un rol que se ajustaba a sus deseos.

Ya en plena guerra contra Francia fue aprobada la Ley de Prácticas Desleales, que satisfacía por el momento las expectativas de Burke en su tarea de facilitar la labor de la fiscalía del Estado. Las medidas de mordaza no impidieron que se lanzara una cruzada contra Burke en la que participó también William Godwin (1756-1836) con su libro *Investigación acerca de la justicia política*¹⁴, que serviría de base liberal a la futura Ciencia Política. Si este texto no causó tanta preocupación en el Gobierno fue porque, decía el primer ministro, no había mucha gente capaz de entenderlo y aún menos dispuesta a pagar un precio tan alto por un panfleto tan poco

¹¹ Keane, John (1995): *Tom Paine: A Political Life*, Bloomsbury, London, p. 288.

¹² Paine, Thomas (2008): *Derechos del hombre: Respuesta al ataque realizado por el Sr. Burke contra la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza Editorial; Pisarello Prados, Gerardo (1999): "Vindicación de Thomas Paine" *Revista de Estudios Políticos*, nº 105, pp. 233-263.

¹³ Santos Fontenla, Fernando (1984): "Introducción" *Paine, Thomas, Derechos del hombre: respuesta al ataque realizado por el Sr. Burke contra la Revolución Francesa*, Alianza, Madrid, pp. 7-20, p 7.

¹⁴ Godwin, William (1986): *Investigación acerca de la justicia política*, Júcar, Madrid.

transparente¹⁵. A Burke lo atacó también la primera feminista, Mary Wollstonecraft (1759-1797). Su libro *Vindicación de los derechos de la mujer* abrió el camino para que la futura Ciencia Política se interesase por el género¹⁶. En este punto anticipo ya que los personajes que participaron en la cruzada contra Burke, incluidos los ya mencionados, estaban marcados por una intensa vida religiosa. Empezando por Paine, que era cuáquero, y Godwin, que había sido clérigo calvinista y que se convirtió al unitarismo bajo la influencia directa de Joseph Priestley, en quien nos detendremos más adelante.

En definitiva, podemos afirmar que fue la polémica contra Burke lo que permitió levantar los tres pilares sobre los que se sustenta la Ciencia Política actual: el republicanismo, el liberalismo y el feminismo, siendo el espíritu antiburkeano su señal común de identidad¹⁷. La Ciencia Política, tal como la conocemos, está, pues, en deuda con Burke, en la medida en que la repulsa de las *Reflexiones*, conocida bajo la consigna *controversia revolucionaria*¹⁸, marca su hora cero.

Burke empezó a escribir *Reflexiones* ya en octubre de 1789, y tardó un año en acabarlas, pues en ese momento no actuaba con la impaciencia del publicista sino con la templanza del fiscal. Necesitaba más tiempo para obtener pruebas contra muchos otrora amigos que se habían pasado al bando de los traidores. No estaba en su ánimo prolongar ante la opinión pública el debate contra su antiguo jefe James Fox, ni contra los demás miembros del Parlamento ni del partido al que él había pertenecido toda su vida. De hecho su panfleto no podía causar daño alguno a los que le habían expulsado. Burke iba a la deriva desde 1782, año en el que murió su patrón político lord Rockingham. El hostigamiento por parte de los jó-

¹⁵ **Bueno Ochoa, Luis** (2008): *Godwin y los orígenes del anarquismo individualista*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, p. 68.

¹⁶ **Taylor, Barbara** (1998): "Por el amor de Dios: Religión e imaginación erótica en el feminismo de Mary Wollstonecraft" *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 19, pp. 117-138.

¹⁷ **Heineman, Robert A.** (2006): "Edmund Burke and the American Nation" *The Political Science Reviewer*, vol.35, nº, fall, pp. 94-114.

¹⁸ **Butler, Marilyn** (2000): *Burke, Paine, Godwin and the Revolution Controversy*, Cambridge, Cambridge University Press.

venes diputados iba en aumento y le resultaba ya insoportable. Burke se enfrentó con todos sus enemigos en el mencionado debate parlamentario, y el acoso se convirtió en derribo. Se cerraba un capítulo y empezaba uno nuevo, en el que Burke seguiría dando guerra por su cuenta, prácticamente en solitario.

NO CONSERVADOR, PERO TAMPOCO LIBERAL

La Ciencia Política tiene reservada para Burke una etiqueta: “reaccionario”¹⁹, pero no falta quien considere inmerecido este calificativo. Noelia Adánez González, por ejemplo, reconoce que Burke plantea problemas: no se inscribe en la tradición de ninguna de las familias políticas existentes, y esto explicaría por qué no se le traduce al español²⁰. Burke no habla desde el pasado, pero si lo hiciera no hablaría sólo a los conservadores. Conservador no lo era, desde luego, en 1896 el que sería presidente estadounidense Woodrow Wilson (1856-1924), un admirador suyo²¹. La cuestión no es “actualizar” a Burke para hacerlo un contemporáneo nuestro, algo así como intentar rescatarlo de la indebida apropiación conservadora para restituirle su verdadera identidad, supuestamente la liberal²².

Burke firmó un contrato para escribir un libro sobre la historia de Inglaterra, que no pudo cumplir, pero el solo hecho de ser historiador –aunque frustrado– le permitió preservarse de la nefasta imposición historicista, de la que no pudieron escapar las ciencias sociales, que se dedican a inventar ideas para las futuras generaciones. Por desgracia, los conservado-

¹⁹ **Abellán, Joaquín** (1995): “Reacciones ante la Revolución Francesa: Edmund Burke, los pensadores alemanes y de Maistre y de Bonald” *Historia de la teoría política*, coord. por Fernando Vallespín Oña, vol. 5, (Rechazo y desconfianza en el proyecto ilustrado). Alianza, Madrid, pp. 14-81, p. 14.

²⁰ **Adánez González, Noelia** (2008): “Presentación” en: Burke, Edmund. 2008. *Revolución y descontento: selección de escritos políticos* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, p. XIV.

²¹ **Wilson, Woodrow** (1910): “The interpreter of English liberty” *Mere literature, and other essays* Houghton Mifflin Company, Boston, New York, pp. 104-160.

²² **Bogus, Carl T.** (2007): “Rescuing Burke” *Missouri Law Review*, vol. 72, n°2, pp. 387-476.

res de hoy son tan sensibles a la tentación de ser ideólogos como los demás. Enrique Tierno Galván decía de Burke que, a pesar de la actitud conservadora que le caracteriza y que no suele dar teóricos de altura, su caso es la excepción. La historia le revalorará²³.

Supongamos que el viejo profesor sabía que esa falta de “altura teórica” no le hubiera preocupado a Burke lo más mínimo. Y que éste no se hubiera dado por aludido al ser calificado de “conservador”, por razones biográficas. Era, efectivamente, un realista, pero eso no se lo debía al ser conservador. A Burke le resultaría escandalosa la afirmación de que “el conservadurismo es particularmente un fenómeno británico”, o que el Reino Unido es el país “donde se puede inducir que entre conservadores y liberales no hay oposición teórica radical. Al contrario, hay siempre liberalismo en los conservadores y al revés”²⁴.

El historiador inglés zanja esta cuestión declarando taxativamente que hablar de Burke como conservador es un error conceptual de base²⁵. Es un invento de los norteamericanos, tardío para más señas. Con el fin de alistarlos en la Guerra Fría empiezan a hablar de la “innata vocación conservadora” del diputado *whig*²⁶. En el texto de *Reflexiones*, desde luego, no figura ningún indicio de esa vocación por la pura y simple razón de que el conservadurismo aparece por primera vez medio siglo después de su muerte. Es cierto que ya en 1819 la revista francesa de arte *Le Conservateur*, dirigida por François-René Chateaubriand (1768-1848), habla de conservadurismo, pero exclusivamente haciendo referencia a un movimiento artístico que lanzó el romanticismo y que atrajo especialmente a quienes en el pasado habían servido a Napoleón Bonaparte. Burke no sirvió al monarca Jorge III (1738-1820), que tampoco fue un “paradigma”

²³ **Tierno Galván, Enrique** (1962): *Tradición y modernismo*, Tecnos, Madrid, p. 116.

²⁴ **Tierno Galván, Enrique** (1962): *Tradición y modernismo*, Tecnos, Madrid, p. 105.

²⁵ **Clark, Jonathan Charles Douglas** *English society, 1660-1832: religion, ideology, and politics during the ancient régime* Cambridge University Press, Cambridge, p. 6.

²⁶ **Kirk, Russell** (1950): “How dead is Edmund Burke?” *Queen's Quarterly* vol. 57 (Summer), pp. 160-171, <http://www.kirkcenter.org/index.php/detail/how-dead-is-burke-1950/>; **Kirk, Russell** (2007): *Edmund Burke: redescubriendo a un genio* Ciudadela, Madrid; **McDonald, W. Wesley** (2004): *Russell Kirk and the age of ideology*: University of Missouri Press, Columbia.

del Antiguo Régimen, por más que algunos se empeñen en creerlo²⁷. A diferencia de Joseph-Marie de Maistre (1753 -1821) y de Louis Bonald (1754-1840), Burke no fue defensor del Antiguo Régimen, como sostiene erróneamente la Ciencia Política²⁸. Y es dudoso que pudiese impresionar a doctrinarios de la reacción como Adam Heinrich Müller (1779-1829) o Karl Ludwig von Haller (1768-1854)²⁹. La prosa del escritor británico no podía más que espantar a los patéticos filósofos centroeuropeos que empezaban a sentar las bases doctrinales del nacionalismo y del corporativismo, totalmente ajenos a este hombre que fue y siempre quiso ser del siglo XVIII. Si, como decía Edward Gibbon (1737-1794), Burke fue el hombre más inteligente de su época, cuesta imaginar que le atrajera la tarea de inventar ideas políticas que pudieran tener un gran futuro por delante. No hay ni un atisbo de utopismo en Burke. Su único interés es no dejarse escapar nada del presente, y la Ciencia Política lo reconoce a regañadientes³⁰.

Así las cosas, ¿dónde arranca ese dislate que relaciona directamente a Burke con el conservadurismo? La investigación nos lleva a Klemens Wenzel von Metternich (1773-1859), el canciller austriaco y artífice de la Europa de la Restauración. Éste no era de los que se dejaban seducir por las ideas de otros y mucho menos por las de un masón. En su primer viaje a Londres en abril 1794, de joven, cuando todavía no era nadie, pudo conocer a Burke. Pero la primera oportunidad para influir en la política británica se le presentó a Metternich muy tarde, cuando volvía a no ser nadie, tan sólo uno más de los muchos inmigrantes políticos en Londres. En esta ciudad conoció a Benjamín Disraeli (1804-1881), un joven escritor que sería pri-

²⁷ Santos Fontenla, Fernando (1984): "Introducción" Paine, Thomas, *Derechos del hombre: respuesta al ataque realizado por el Sr. Burke contra la Revolución Francesa traducción, introducción, cronología y notas de Fernando Santos Fontenla*, Alianza, Madrid, pp. 7-20, p. 9.

²⁸ Abellán, Joaquín (1995): "Reacciones ante la Revolución Francesa: Edmund Burke, los pensadores alemanes y de Maistre y de Bonald" *Historia de la teoría política* / coord. por Fernando Vallespín Oña, vol. 5 (Rechazo y desconfianza en el proyecto ilustrado). Alianza, Madrid, pp. 14-81.

²⁹ Roggen, Ronald (1999): *Restauration - Kampf und Schimpfwort. Eine Kommunikationsanalyse zum Hauptwerk des Staatstheoretikers Karl Ludwig von Haller (1768-1854)*. Universitätsverlag Freiburg, Freiburg, p. 71.

³⁰ Tierno Galván, Enrique (1978): "Prólogo" Edmund Burke *Reflexiones sobre la Revolución francesa*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, pp. 7-21, p. 9.

mer ministro del Reino Unido³¹. Su coincidencia en el rechazo del liberalismo fue lo que les unió en amistad. Siguiendo el consejo de Metternich, con el objetivo de europeizar la escena política británica, decidió convertir a los *Tory* en los *Conservative*³². En 1839 los *Whig* fundaron el Liberal Party y, si bien es verdad que Burke fue un ídolo para un liberal como lord Acton (1834-1902), eso tuvo que agradecerse a su condición de católico, no de conservador.

¿A qué extraña fuerza de atracción hay que atribuir ese permanente deseo de reclamar para sí el patronazgo burkeano? No sólo los conservadores y los liberales, también los laboristas tienen pretensiones sobre él. Richard Howard Crossman (1907-1974) declaró que Burke era el verdadero padre del Partido laborista³³, y Harold Laski (1893-1950) hizo de él uno de sus autores preferidos, no sin lamentar que no fuese lo suficientemente liberal como para ser tan buen marxista como él mismo³⁴. Resumiendo: nuestro irlandés ha sido clasificado en las siguientes categorías: campeón del Derecho natural; historicista; liberal; escéptico; un cruzado a favor del capitalismo; avanzadilla del posmodernismo; conservador ambivalente cuyas contradicciones son fruto de las tensiones inherentes a su psicología, reflejo de su sexualidad y extracción social³⁵.

LOS CIEN BAYONETAZOS QUE ACABARON CON EUROPA

Los contemporáneos de Burke le atacaron por ser peligrosamente imaginativo³⁶. Las críticas se referían en particular a unas páginas de *Reflexiones*

³¹ Kelly, George Armstrong. (2010): *Idealism, Politics and History: Sources of Hegelian Thought*: Cambridge University Press, Cambridge, p. 10.

³² Viereck, Peter (2006): *Conservative thinkers: from John Adams to Winston Churchill.*: Transaction Publishers, New Brunswick, p. 191.

³³ Mullard, Maurice and Spicker, Paul (1998): *Social policy in a changing society* Rutledge, London, p. 65.

³⁴ Laski, Harold Joseph. (2003[1936]): *El liberalismo europeo* Fondo de Cultura Económica, México, p. 169.

³⁵ Melissa S. Williams (1996): "Burkean 'Descriptions' and Political Representation: A Reappraisal", *Canadian Journal of Political Science*, vol. 29, n°. 1, pp. 23-45, p. 13-24.

³⁶ Barrell, John (2000): *Imagining the King's Death: Figurative Treason, Fantasies of Regicide, 1793-1796* Oxford University Press, Oxford, p. 9.

en las que relata cómo el 6 de octubre de 1789 una masa de mujeres armadas procedentes de París entra en el Palacio de Versalles con la intención de matar a la reina María Antonia (1755-1793)³⁷. Burke se adelantó a la realidad: dos años más tarde, el 16 de octubre de 1793, el matrimonio real fue ejecutado en la guillotina. El 29 de octubre de 1795 la muchedumbre arremetió con piedras contra la carroza del rey Jorge III (1738-1820) a su paso hacia el Parlamento, donde se iba a celebrar el acto de apertura. El suceso movilizó al Gobierno de William Pitt *the Younger* (1759-1806), que tomó la decisión de promulgar la Ley de Prácticas Desleales.

Basándose en lo que ocurrió aquel 6 de octubre de 1789, Burke dictó una sentencia que Mary Wollstonecraft no estaba a la altura de comprender, una sentencia que no se podía rebajar al nivel de una fobia de un machista sentimental trasnochado, como su famosa crítica feminista pretendía. Los hechos fueron así: al no conseguir su objetivo la masa asesina –Burke no especifica el sexo de las personas que asaltaron la alcoba real– descargó su odio acuchillando a dos sirvientes. Acto seguido destrozaron el lecho. “Una pandilla de crueles rufianes y asesinos, apestando a sangre, se precipitaron en la cámara de la reina y atravesaron con cien bayonetazos y puñaladas el lecho del que esta mujer perseguida había tenido el tiempo justo de huir casi desnuda”³⁸. Comenta asimismo que cuando él vio por primera vez a la Reina de Francia años atrás nunca hubiera podido imaginar que tendría que verla acosada por una nación en la que ya no habría “hombres galantes, de honor y caballeros”, pues éstos habrían sido sustituidos por “sofistas, economistas y calculadores”.

La sentencia inapelable de Burke reza así: la fecha del 6 de octubre de 1789 señala la ruptura de Francia y Europa con el cristianismo. Ésta no viene marcada por ningún otro acto, como podría ser la declaración de ilegalidad del cristianismo, la quema de una iglesia, la profanación de alguna tumba, entre tantos otros posibles del genocidio franco-francés de

³⁷ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 119-130.

³⁸ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 120.

Vandée³⁹. Aun así, ese día instaura un nuevo orden de cosas, en el cual “un rey no es más que un hombre; una reina, una mujer; una mujer, un animal...”. Después de ese día nada será como antes. En el nuevo esquema, la mujer será “un animal inferior y todo homenaje rendido al sexo femenino en general, sin discriminaciones, será considerado novelería e insensatez”. El regicidio, el parricidio y el sacrilegio son sólo ficciones supersticiosas que corrompen la jurisprudencia y destruyen su simplicidad. El asesinato de un rey o de una reina, de un obispo o de un padre, no pasan de ser simples homicidios. Sobre la base de esta filosofía bárbara, que nace de corazones duros y carentes de comprensión –concluye Burke– no podrán edificarse instituciones encarnadas por personas capaces de despertar amor, veneración, admiración o afecto. El día después del 6 de octubre no queda en Europa la gracia de vivir, la defensa de las naciones, la inspiración de sentimientos viriles y de empresas heroicas. Ha desaparecido lo que un día le imprimió su carácter, lo que la distinguió de Asia y de su pasado antiguo⁴⁰.

LOS ESTAFADORES Y SU REVOLUCIÓN

Es un signo de nuestro tiempo el que los últimos Nobel de Economía –Joseph Stiglitz (2001) y Paul Krugman (2008)– hagan todo lo posible por ocultar su profesión. Los que no nos hemos rendido a la idolatría economicista nos preguntamos si acaso Karl Marx no se equivocó al dejar la Filosofía para dedicarse a la Economía. Haciendo un esfuerzo, nos viene a la memoria que los economistas estrella del siglo XX, Joseph Schumpeter (1883-1950), Ludwig von Mises (1881-1973) y Friedrich von Hayek (1899-1992), estudiaron y se doctoraron en Derecho. El filósofo Fernando Savater también se percató de la banalidad de la Economía y cuando se dispuso a ordenar su biblioteca lo primero que hizo fue limpiarla de economistas. Dejó aparte unas cuantas “cosas” del propio Marx, pero el resto de esos “clásicos” primarios y secundarios, los Lenin, Mao, Garaudy,

³⁹ **Dosse, François** (1989): *La historia en migajas: de “Annales” a la “nueva historia”*. Alfons el Magnànim, Valencia, p. 230.

⁴⁰ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 128.

Althusser, Marta Harnecker, Lukács y compañía –confesó– los excluyó de cualquier posible relectura. Están escritos en una lengua artificial, pretenciosa y mortecina. Son una especie de parodia intelectual con toques inesperadamente humorísticos –dijo–⁴¹.

El Gobierno tiene poder para evitarle muchos males –dice Burke–, pero en el sentido de solucionar sus problemas es poco lo que puede hacer. Este saludable escepticismo choca con el dogma vigente en la Ciencia Política, que reza que *no hay política sin economía*. El aspirante a burkeano tendrá que desechar la idea de que se puede ayudar a los pobres a base de empobrecer a los ricos. En una distribución equitativa, a los miembros de una multitud nunca les tocará mucho. Por otro lado, los ricos son tan escasos que si se eliminara a todos y se distribuyera lo que ellos consumen en un año, no alcanzaría para una ración de pan y queso para todos los que trabajan⁴².

Los ocho años que Burke dedicó a la instrucción de la corrupción política le permitieron conocer a la perfección las tramas ocultas de quienes, siendo pura y simplemente especuladores, se hacían pasar por políticos. Aunque no consiguió su objetivo de condenar a Warren Hastings (1732-1818), el directivo de la administración colonial en la India, salió bien preparado para comprender a fondo el entresijo económico-criminal de la Revolución en Francia. El resultado de sus averiguaciones lo expone en la última parte de *Reflexiones*, donde concluye que *la gran revolución* no fue mucho más que la respuesta a la insolvencia que aquejaba al reino de Francia. No hay en este libro ni una traza de la lógica de la lucha de clases. Para Burke la revolución en Francia fue algo tan simple como puede ser el uso del procedimiento de bancarrota en caso de insolvencia⁴³.

Si Burke viviera hoy, a buen seguro no interpretaría la crisis de 2008 como una consecuencia de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos o

⁴¹ http://www.elpais.com/articulo/cultura/sepulcro/vacio/elpepicul/20090707elpepicul_4/Tes

⁴² **Burke, Edmund** (1795): "Thoughts and Details on Scarcity [Originally Presented to The Right Hon. William Pitt, in the Month of November, 1795]" En: *Select Works of Edmund Burke Miscellaneous Writings* Vol. 4 <http://www.econlib.org/library/LFBooks/Burke/brkSWv4c4.html>

⁴³ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 349.

en Irlanda, sino como el efecto inevitable de decisiones que se tomaron por primera vez en la Asamblea Nacional en 1789. Así, el pretendido heroísmo, el esplendor y la grandeza de esta revolución quedarían reducidos a las dimensiones de un caso de crimen que hoy en día llamaríamos de “cuello blanco” o “crimen corporativo” basado en el juego: “Vuestros legisladores siendo nuevos en todo, son los primeros en haber fundado una república basada en el juego y han insuflado en ella este espíritu como aliento vital suyo. El gran objeto de esta política es metamorfosear Francia haciendo que, de ser gran reino, se convierta en gran mesa de juego”⁴⁴.

Especialmente interesantes hoy nos puede resultar la lectura que hace Burke de las crisis financieras causadas por el endeudamiento: “Las naciones se hundén más y más en un mar de deudas ilimitadas. Las deudas públicas, que en un principio fueron una garantía de los Gobiernos porque hacían que muchos estuviesen interesados en mantener la tranquilidad pública, puede que, si son excesivas, se conviertan en un medio de subversión. Si los Gobiernos deciden pagar dichas deudas mediante el procedimiento de imponer grandes impuestos, perecen porque se hacen odiosos al pueblo. Mas si no las pagan, serán destruidos por la oposición de la más peligrosa de las facciones: el interés monetario de aquellos que han sido perjudicados sin llegar a ser destruidos”⁴⁵.

LA METAMORFOSIS DE LOS MILENARISTAS EN DEMÓGRAFOS

La revolución de 1640 atrajo a las Islas Británicas a muchos protestantes de Europa central y del Este que durante la dictadura de Oliver Cromwell (1599-1658), por un breve periodo de tiempo (1653-1658), llegaron a ser muy influyentes⁴⁶. Pero, una vez restablecida la Iglesia Anglicana, en virtud de la *Toleration Act* de 1689, fueron relegados a la categoría de minoría re-

⁴⁴ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 283.

⁴⁵ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 231-233.

⁴⁶ **Trevor-Roper, Hugh** (2009): *La crisis del siglo XVII. Religión, reforma y cambio social*. Buenos Aires: Katz Editores, pp. 241-295.

ligiosa que, bajo la condición de rechazar la transubstanciación, podía recibir garantías del Gobierno para crear sus propios lugares de culto y tener sus propios predicadores. El elemento doctrinal común de los disidentes protestantes es la creencia de que, por medio de la razón y la experiencia personal, dejando al margen la revelación, la fe y la tradición, es posible el acceso a Dios creador del universo, que por su parte no interfiere en las leyes de éste ni en la vida de los humanos. Al sacerdote de una de las iglesias disidentes unitaristas, Richard Price, Edmund Burke lo convertirá en el blanco de sus ataques. Y no por ser seguidor del unitarismo, fundado, entre otros, por Miguel Servet. De hecho Burke mantuvo muy buenas relaciones con los disidentes, que incluso veían en él a un protector. Lo que provocó su ira fue comprobar que éstos estaban a punto de iniciar una metamorfosis que les haría pasar del milenarismo a la filosofía radical. Ésta, a su vez, sería el enlace directo para las ciencias sociales que aparecerían, en su primera versión, como estudios demográficos. Burke atacaba al clérigo disidente Price por haber abusado de la tolerancia religiosa inglesa para atacar el orden constitucional creado tras la Revolución Gloriosa. La Revolución en Francia causó una tremenda conmoción en Burke porque le permitió comprobar la precariedad del orden político inglés.

En opinión de John Gray, la política de la Edad Contemporánea no es más que un capítulo de la historia de la religión. Nos encontramos –dice– entre los escombros de unos proyectos que, aunque fueron formulados en términos laicos que negaban la verdad de la religión, en el fondo eran formas de religión⁴⁷. Desde luego, la Revolución en Francia ponía en evidencia que la Revolución Gloriosa de 1688 todavía no se había consolidado. El sermón de Richard Price del 4 de noviembre de 1789⁴⁸, eje sobre el cual gira *Reflexiones*, le hizo reparar en el peligro latente de la vuelta a la regida república de Oliver Cromwell. De ahí la afirmación al inicio del libro de que un discurso semejante al de Price no se había escuchado en Ingla-

⁴⁷ Gray, John (2008): *Misa negra*, Paidós Ibérica, Barcelona p. 13.

⁴⁸ Price, Richard (1991): "A Discourse on the Love of our Country, delivered on Nov. 4, 1789, at the Meeting-House in the Old Jewry, to the Society for Commemorating the Revolution in Great Britain" *Political Writings* edited by D. O. Thomas, Cambridge University Press, Cambridge, p. 176-196.

terra desde 1648, cuando habló Hugh Peters (1598-1660). “El estilo de este sermón creo yo que no se ha vuelto a oír en ningún púlpito de los que se toleran o se estimulan entre nosotros desde el año de 1648 cuando un predecesor del doctor Price, el reverendo Hugh Peters”⁴⁹. Se refería al tribuno de la revolución y predicador, bufón que arrastraba la religión por las alcantarillas, pedía que el Ejército acabase con la Corona y exigía el juicio y la ejecución del rey Carlos I. Por ello fue condenado a muerte y descuartizado⁵⁰. Burke no dudaba en amenazar directamente a Price por haber entrado en la senda que condujo a Peters a su propia ejecución⁵¹.

Quienes pretenden apropiarse de Burke y convertirlo en abanderado de sus propias ideologías, bien como conservador o como liberal, eluden la tarea esencial de analizar a fondo quién era realmente el sacerdote Richard Price y por qué su sermón era mucho más peligroso de lo que podía ser un acto de propaganda a favor de la Revolución en Francia. Ignoran que Burke identificaba al clérigo no como un jacobino clandestino o como un agente subversivo francés, sino sobre todo como un hereje espantoso. “Antes de proseguir adelante debo señalar que el doctor Price parece que sobrestima bastante las luces que él ha obtenido y difundido en nuestra época”⁵². A Burke le sobraban los detalles del pensamiento político de Price, le bastaba saber lo esencial: era un milenarista que predicaba el gobierno de Cristo y sus santos (*the rule of Christ and His Saints*), que esperaba la segunda venida de Cristo para gobernar el mundo durante los mil años previos al juicio final⁵³. “Permito que este profeta [el doctor Price] rompa en himnos de alegría y de acción de gracias en honor de un acontecimiento que aparece como el precursor del *Millenium* y de esa proyectada quinta monarquía que supondría la destrucción de todo establecimiento eclesiástico.”⁵⁴ Era consciente de que el milenarismo de este inglés tenía el

⁴⁹ Burke, Edmund (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 38.

⁵⁰ Trevor-Roper, Hugh (2009): *La crisis del siglo XVII. Religión, reforma y cambio social*. Buenos Aires: Katz Editores, p. 333.

⁵¹ Burke, Edmund (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 39.

⁵² Burke, Edmund (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 112.

⁵³ Delumeau, Jean (2003): “Historia del milenarismo en Occidente” *Historia crítica* n°. 23 <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2180684>

⁵⁴ Burke, Edmund (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 122.

mismo patrón que el de los franceses Turgot (1727-1781) y Condorcet (1743-1794)⁵⁵.

Burke no salió indemne de su ataque, que descubría a la mariposa milenarista depositando los huevos de los que muy pronto nacerían las larvas de las Ciencias Sociales: la Demografía, los estudios de Deuda pública, las reformas constitucionales, la Sociología y al final, la Ciencia Política. No se trataba de ningún camuflaje o conspiración. Si los sucesos de París de 1789 provocaron en él una reacción tan violenta es porque a raíz de ellos intuyó la íntima relación que había entre los “rabinos protestantes” ingleses como Price y los jacobinos franceses. Y ésta era razón suficiente para degradar al reverendo Price a la categoría de “hombre estrechamente ligado con literatos cabalistas o filósofos intrigantes, con políticos teólogos, y teólogos políticos de Inglaterra y del continente”. La lista de apodos incluye, entre otros, el de “pastor calculador” y “promotor ardiente de nuevas sectas” que trabajan no para difundir la verdad sino para provocar confusión. Burke no banalizó el caso Price, no se contentó con rebajarlo despectivamente a la categoría de un vulgar propagador inglés de la Revolución Francesa; entra a fondo. Prueba de ello es que le dedica la mitad de su panfleto.

Su condición de clérigo disidente no le impidió a Price acomodarse en la cumbre del poder en una sociedad cristiana y tan rígida como la inglesa. Alcanzó sus objetivos no gracias a su labor de clérigo sino por ser una autoridad en campos específicos de conocimiento, en apariencia ajenos a la teología, como es la teoría de la probabilidad. Burke no podía soslayar el hecho de que Price era el autor de *Observations on Reversionary Payments*, publicado en 1771, en el que analizaba el sistema *Dutch finances*, consistente en la fórmula que permitía que un Gobierno se endeudase sistemáticamente hasta llegar a la situación de *national bankruptcy*⁵⁶. Los conocimientos del cálculo de la *tasa de mortalidad*, por otro lado, le proporcionaron el aval para entrar en 1765 en la mutua de seguros de vida *The*

⁵⁵ Thomas, David Oswald (1991): “Introduction” Richard Price, *Political Writings*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. vii-xxii, p. xi-xii.

⁵⁶ Thomas, David Oswald (1991): “Introduction” Richard Price, *Political Writings*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. vii-xxii, p. xiv.

Equitable Life Assurance Society (Equitable Life) creada dos años antes. Por cierto, la mutua quebró en 1999.

Price era muy respetado por sus estudios de Economía de la población y de Deuda pública, que le valieron el ingreso en la Royal Society así como la invitación a ocupar el cargo de director de Política Económica en el Gobierno estadounidense, que declinó. Burke tenía que ser consciente, pues, del riesgo que suponía atacar a Price, pero no se dejaba amedrentar. Sin duda, *Reflexiones* fue un asalto a la red de poder que en su día tejió otro irlandés, esta vez uno muy poderoso: Shelburne (1737-1805). Burke tenía conocimiento de que a Price le unía con Shelburne una estrecha relación desde que publicara en 1767 su primer volumen de sermones. Cuando Shelburne fue llamado a ser primer ministro le ofreció a Price el puesto de secretario privado. Era una red de poder de la que Burke estaba excluido por ser la cabeza pensante y el principal orador precisamente del bando contrario, de los *Rockinghams*. Al círculo de Shelburne pertenecían, además de Price, Joseph Priestley y Jeremy Bentham (1748-1832), que aun no siendo una *celebrity* fue elegido en 1792, junto con Paine y Priestley, miembro extranjero de la Convención Nacional francesa. Sería Bentham quien daría el impulso definitivo para transformar el viejo milenarismo en nuevo utilitarismo. El que fuera inventor de la cárcel panóptica era consciente de que para consolidar su secta de filósofos radicales tenía que empezar por enfrentarse a Burke⁵⁷; como autor del ensayo en defensa de la usura y la pederastia, sabía perfectamente que no podía avanzar sin antes neutralizar a Burke. Nada menos que veinte años después de la muerte de éste, en 1817, Bentham decidió publicar una crítica contra el diputado en materia económica. Acuñó el lema *la mayor felicidad del mayor número*, no sin dejar constancia de que se lo debía al unitarista Priestley. Es imposible que Burke conociera a Thomas Robert Malthus (1766-1834), el primer catedrático de Ciencias Sociales, que reconocía las raíces unitaristas de la nueva disciplina llamada Economía política, que citaba al reverendo Price como fuente de inspiración de su famoso ensayo⁵⁸.

⁵⁷ Robert A. Heineman (1994): *Authority and the liberal tradition: from Hobbes to Rorty*, Transactions Publishers, New Brunswick pp. 55-78.

⁵⁸ Malthus, Thomas Robert (1977): *Ensayo sobre el principio de la población*, Fondo Cultura Económica, México.

LA QUÍMICA DE LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

Price murió en 1791 y le sucedió su amigo y también clérigo disidente Joseph Priestley, que fue el primero en responder a Burke⁵⁹. Su escrito, aparecido ya en enero 1792⁶⁰, era el primero de una avalancha de más de treinta textos, en su mayoría ataques. Priestley era famoso no por su condición de sacerdote disidente, sino por inventar el agua con gas; se atribuía además el mérito de haber descubierto el oxígeno. Era, como Price, miembro de la Royal Society y gozaba de un prestigio comparable al de Isaac Newton (1642-1727). Se convirtió en noticia en medio del revuelo causado por *Reflexiones*, cuando unos fieles anglicanos respondieron a su manera a las celebraciones jacobinas del segundo aniversario de la toma de La Bastilla celebradas en Birmingham (¿tal vez en apoyo al diputado Burke?) destruyendo su domicilio, su laboratorio y el templo. Priestley logró escapar y trasladarse a Londres, al amparo de Price. Posteriormente, en 1794, emigró a Estados Unidos.

El mayor logro de Priestley fue “descubrir” que la Química era una ciencia imprescindible para concebir una nueva teología que permitiría entender la materia y el espíritu como ontológicamente no distintos. Una vez superada en el plano teológico la distinción entre materia y espíritu, estaba preparado para lo que sería la batalla de su vida: liberar a la humanidad entera del cristianismo, considerado un obstáculo para el progreso de la humanidad por ser una religión irracional. Éste es el tema de su obra magna publicada en 1782, *A History of the Corruptions of Christianity*⁶¹. En este libro, el más importante de su vida, como él mismo afirmaba, iba a cuestionar la divinidad de Cristo. La pregunta es si el reverendo unitario llegó a tal con-

⁵⁹ Fruchtman, Jack Jr. (1983): *The Apocalyptic Politics of Richard Price and Joseph Priestley: A Study in Late Eighteenth-Century English Republican Millennialism*. Transactions of the American Philosophical Society 73, part 4. Philadelphia.

⁶⁰ Priestley, Joseph (1791): *Letters to the Right Honourable Edmund Burke, occasioned by his Reflections on the Revolution in France* (Birmingham: Thomas Pearson, 1791). Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/1790> on 2010-12-14.

⁶¹ http://books.google.es/books?id=cPfyAAAAMAAJ&printsec=frontcover&dq=An+History+of+the+Corruptions+of+Christianity&hl=es&ei=bVWtTdkMHpSu8QOI0dzyAQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCkQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false

clusión gracias a sus experimentos de Química, a sus disecciones de Anatomía, o a la lectura exhaustiva del Corán⁶².

Priestley creía que el universo estaba constituido por una sola sustancia primaria, *arjé*, en la que las relaciones de causalidad cotidianas podrían ser reducidas al nivel de una ilusión porque lo único real sería Dios. Gracias a la Química el teólogo abandonó el tema de los *espíritus* y, como experto en gases, empezó a hablar de los diferentes *aires*. Mientras nuestro parlamentario Burke seguía refiriéndose a la sociedad como una unidad espiritual, el químico de Birmingham hablaba ya de la sociedad como una unidad compuesta de *individuos*.

Lejos de ser sólo un modelo para cultivar la Teología, el progreso científico era para el reverendo el instrumento de la reforma religiosa, pues aspiraba a extirpar todo error y prejuicio, y poner fin a toda autoridad indebida y usurpada⁶³. A Burke le parecía obvio que el químico Priestley representaba una amenaza mayor que la que podía constituir el demógrafo Price. El primero de estos dos clérigos unitaristas supo transformar el milenarismo en filosofía radical y economía política; el segundo supo hacer de la Química el instrumento de la revolución religiosa⁶⁴. El híbrido religión-política de Price tan denostado por Burke le parecía a éste inofensivo en comparación con el híbrido ciencia-religión de Priestley. En *Reflexiones* dice: “Aun suponiendo, sin embargo, que algo así como moderación fuese apreciable en su sermón político, lo cierto es que la política y el púlpito son términos poco compatibles entre sí. Ningún sonido debería oírse en la iglesia, excepto la voz curativa de la caridad cristiana. La causa de la liber-

⁶² **Brooke, John Hedley** (2007): “La ciencia en los unitarios”, José Montesinos (ed.), Sergio Toledo (ed.): *Ciencia y religión en la Edad moderna* Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 253- 271, p. 262. http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/usrn/fundoro/web_fcchc/005_publicaciones/actas_congresos/ciencia_religion.htm

⁶³ **Brooke, John Hedley** (2007): “La ciencia en los unitarios”, José Montesinos (ed.), Sergio Toledo (ed.): *Ciencia y religión en la Edad moderna* Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 253- 271, p. 259. http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/usrn/fundoro/web_fcchc/005_publicaciones/actas_congresos/ciencia_religion.htm

⁶⁴ **Brooke, John Hedley** (2007): “La ciencia en los unitarios”, José Montesinos (ed.), Sergio Toledo (ed.): *Ciencia y religión en la Edad moderna* Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 253- 271, p. 255. http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/usrn/fundoro/web_fcchc/005_publicaciones/actas_congresos/ciencia_religion.htm

tad civil y del gobierno civil, así como la causa de la religión, tiene muy poco que ganar como resultado de esta confusión de deberes”⁶⁵.

Esto no significa que Burke no detectara la militancia política del químico de Birmingham. Priestley era uno de los líderes del movimiento abolicionista y miembro de la Lunar Society, lo cual le hizo sospechoso de ser un subversivo jacobino ante las autoridades, que en 1792 lo incluyeron en la lista de espías franceses⁶⁶. Para Priestley la Revolución en Francia era poco ambiciosa, él aspiraba a más. La iglesia disidente en la que militaba no era una vulgar tapadera para la conspiración jacobina; él mismo había diseñado una reforma, que expuso en 1768 en *Essay on the First Principles of Government*⁶⁷. Ya no le satisfacía su papel de disidente frente a la iglesia anglicana, no le interesaba seguir negando el dogma de la Santísima Trinidad. Su objetivo era sacar el máximo provecho de su reputación como químico para dotar de una autoridad adicional a su teología del monismo⁶⁸.

Seamos justos: Burke resulta molesto a la Ciencia Política, no por ser “un conservador o un contrarrevolucionario”, como lo suele calificar⁶⁹, por más que en algún momento haya sido capaz de reconocer que “la fórmula ‘contrarrevolucionario’ no es la adecuada para Burke”⁷⁰. El problema es otro. El diputado no era de los que se dejan engañar. Sabía distinguir perfectamente entre religión, política y ciencia. Estaba convencido de que tanto las reformas constitucionales como las revoluciones eran una manera de despejar el camino para acabar con el Reino, que era el obstáculo que impedía llevar a cabo

⁶⁵ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 39.

⁶⁶ **Levere, Trevor H.** (2009): “Dr Thomas Beddoes: chemistry, medicine, and the perils of democracy”.

Notes and Records of Royal Society. vol. 63, nº 20, pp. 215-229, <http://rsnr.royalsocietypublishing.org/content/63/3/215.full>.

⁶⁷ **Priestley, Joseph** (1993): *Political writings*, Cambridge, Cambridge University Press.

⁶⁸ **Brooke, John Hedley** (2007): “La ciencia en los unitarios”, José Montesinos (ed.), Sergio Toledo (ed.): *Ciencia y religión en la Edad moderna* Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 253- 271, p. 258. http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/usrn/fundoro/web_fcchc/005_publicaciones/actas_congresos/ciencia_religion.htm.

⁶⁹ **Lleixá, Joaquín** (1996): “El conservadurismo” Caminal Badia, Miquel y Aguilera de Prat, Cesáreo R. *Manual de Ciencia política* Tecnos, Madrid, p. 108.

⁷⁰ **Tierno Galván, Enrique** (1978 [1954]): “Prólogo” Edmund Burke *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, p. 7.

la destrucción de la religión cristiana. “Desde hacía algunos años, la conjura literaria había venido diseñando algo así como un plan regular para la destrucción de la religión cristiana. Los hombres de letras persiguieron este objetivo con un grado de celo que hasta entonces sólo se había visto en los propagadores de algún sistema pietista. Estaban poseídos del más fanático espíritu de proselitismo y, consecuentemente, de un progresivo espíritu de persecución de acuerdo con sus medios. Lo que no podían hacer para alcanzar sus excelsos fines de una manera directa e inmediata, conseguían realizarlo mediante un largo proceso de influencia en la opinión pública”⁷¹.

La guerra por cuenta de Burke no termina en las páginas de *Reflexiones*, antes bien continúa en sus actuaciones parlamentarias cuando solicita, sin conseguir su objetivo, la aprobación de una resolución que califique a los dos clérigos, Price y Priestley, de peligrosos agitadores.

Burke no cesa en su lucha. Es cada vez más radical, como se aprecia en su escrito de 1796 al sobrino de lord Rockingham, “A Letter to a Noble Lord”, en el que el exdiputado revisa sus propias ideas sobre el origen de la revolución en Francia⁷². Se ratifica en que “la Revolución Francesa es el acontecimiento más asombroso que hasta ahora ha sucedido en el mundo”⁷³. Pero, a la vista de un Priestley emigrado a Estados Unidos, añade que la Revolución fue concebida no por “hombres de letras con ambiciones políticas, siempre amigos de distinguirse, que rara vez se oponen a la innovación”⁷⁴ sino por geógrafos, geométricos y químicos, con el objetivo no tanto de resolver el problema de la deuda pública, sino para poder tratar a los hombres como si fueran ratones⁷⁵. En sus experimentos –dice–

⁷¹ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 174-175.

⁷² **Burke, Edmund** (1992): “A Letter to a Noble Lord February 1796”. En: *Further Reflections on the Revolution in France*, ed. Daniel E. Ritchie (Indianapolis: Liberty Fund 1992). Chapter: 7. Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/660/106884> on 2010-12-17.

⁷³ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 37.

⁷⁴ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 174.

⁷⁵ **Burke, Edmund** (1796): “A Letter to a Noble Lord February 1796” http://oll.libertyfund.org/?option=com_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=660&chapter=106884&layout=html&Itemid=27#c_if0006_anchor_003.

Further Reflections on the Revolution in France, ed. Daniel E. Ritchie (Indianapolis: Liberty Fund 1992). Chapter: 7, Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/660/106884> on 2010-12-17

estos filósofos tratan a los hombres como ratones en una bomba de aire o en un recipiente de gas. Miran al hombre y todo lo que le concierne con el mismo respeto con el que miran los bigotes de ese animalito de cola larga que ha servido tanto tiempo de juego a esos filósofos serios, recatados, insidiosos, con zapatos de terciopelo, uñas largas y ojos verdes, no importa si caminan sobre dos patas o sobre cuatro⁷⁶.

LOS AUTÉNTICOS DERECHOS DEL HOMBRE

Tal como la Ciencia Política enfoca las reflexiones de Burke sobre la religión, da la impresión de que el parlamentario era un criptocatólico que se prestaba a ayudar a los católicos irlandeses porque su madre, su hermana y su esposa eran católicas⁷⁷. ¿Por qué no tiene en cuenta afirmaciones tan contundentes como ésta?: “Sin condenar violentamente la confesión griega ni la armenia, y tampoco la confesión católica romana, pues ya han remitido los furros del apasionamiento, preferimos la confesión protestante, no porque pensamos que tiene menos de religión cristiana, sino porque, a nuestro juicio, tiene más. Somos protestantes no por indiferencia, sino por celo”⁷⁸.

Burke no cede en su firme convicción de que la destrucción de la religión era la única finalidad de la Revolución en Francia. Y lo que provoca la irritación de la Ciencia Política es que dicha convicción proviene de alguien que no es un propagandista católico de la segunda mitad del siglo XIX sino un hombre del siglo XVIII que afirma con rotundidad que sabe y siente íntimamente “que la religión es la base de la sociedad civil y la fuente de todo bien y consuelo”⁷⁹, que “el hombre es por construcción un animal religioso; que el ateísmo va no sólo contra nuestra razón, sino tam-

⁷⁶ **Burke, Edmund** (1992): “A Letter to a Noble Lord February 1796” *Further Reflections on the Revolution in France*, ed. Daniel E. Ritchie (Indianapolis: Liberty Fund 1992): Chapter: 7. Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/660/106884> on 2010-12-17.

⁷⁷ **Bogus, Carl T.** (2007): “Rescuing Burke” *Missouri Law Review*, vol. 72, nº 2, pp. 387-476, p.

⁷⁸ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 147.

⁷⁹ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 146.

bién contra nuestros instintos, y que no puede prevalecer por mucho tiempo”⁸⁰.

No hay que esperar que la Ciencia Política entienda a alguien que cree en un Dios que gobierna el mundo, siempre y cuando los hombres cumplan las inmutables y universales leyes, que cree que los hombres están sujetos a una ley preexistente, grande e inmutable, que es superior a todas las leyes y anterior a la existencia misma. La ley que une y relaciona las estructuras eternas del universo. Esta ley no es el resultado de acuerdos y pactos, sino que otorga a éstos toda la fuerza y sanción que puedan tener.

La distribución equitativa del poder, para Burke, simplemente no existe. Si ningún hombre puede ser juez de su propia causa, si ha renunciado a fallar en su propio interés, tampoco puede ser gobernante por sí mismo. Si para obtener justicia hay que renunciar al derecho de tomarla por cuenta propia, ¿por qué no asumir, como signo de libertad, que otro hombre tome decisiones pertinentes por nosotros?

Burke despierta antipatía porque no está dispuesto a rendir culto a los *derechos humanos* y mucho menos si éstos son proclamados por quienes hablan de *estado natural*. Pero Burke no está contra lo que llama los *auténticos* derechos humanos⁸¹. Estos son:

1. El derecho de hacer justicia entre sus conciudadanos, tanto si éstos están desempeñando una función pública como si realizan una ocupación ordinaria.
2. El derecho a los frutos de su trabajo y a los medios de hacer que su trabajo fructifique.
3. El derecho a poseer lo que adquirieron sus padres, a alimentar y criar a sus hijos; a que se les procure instrucción en la vida y consuelo en la muerte.

⁸⁰ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 148.

⁸¹ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 102.

4. Todos los hombres tienen iguales derechos, pero no tienen derecho a cosas iguales⁸².
5. Y por último, los hombres no tienen derecho “a lo que no es razonable ni a lo que no es para su beneficio”⁸³.

DE REY PATRIOTA A REY FILÓSOFO

El joven Burke de *Vindicación de la sociedad natural* (1756)⁸⁴ no podía imaginar que estaba tan próximo el momento en el que la fe en Dios sería sustituida por el credo del *estado natural*. Puede que en su viaje a Francia en 1773 no se percatara de que el aire deísta que se respiraba en los *salones* de París no era distinto del que circulaba entre los ingleses. Es cierto que en 1790 los libre-pensadores ingleses no tenían un partido que se llamara a sí mismo filosófico. Pero Burke debía de estar muy inquieto cuando preguntaba: “¿Quién lee hoy a Bolingbroke? ¿Quién lo ha leído por completo?”. Henry Bolingbroke (1678-1751) había sido la musa de Voltaire (1694-1778)⁸⁵. Fue también el primero que se atrevió a formular la alternativa al orden establecido en la Revolución Gloriosa⁸⁶. La ocurrencia estrella de este *tory*, especialmente repugnante para nuestro diputado *whig*, era *la idea del rey patriota*⁸⁷.

No había una idea más contraria a la *libertad inglesa* que la del *rey patriota*. El problema era que les resultaba muy atractiva a los presidentes norteamericanos⁸⁸. El año 1796 trajo una muy mala noticia para Burke: en

⁸² **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 103.

⁸³ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 107.

⁸⁴ **Burke, Edmund** (2009): *Vindicación de la sociedad natural*, Trotta: Madrid.

⁸⁵ **Peter James Stanlis** (2009): “Introduction”, *Edmund Burke: selected writings and speeches*. Anchor, Brunswick Doubleday, pp. 1- 45, p. 20.

⁸⁶ **Varela Suanzes, Joaquín V.** (2000): “El debate constitucional británico en la primera mitad del siglo XVIII (Bolingbroke versus Walpole)”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 107, pp. 9-32.

⁸⁷ **Bolingbroke, Henry St. John, Viscount** (1820): *Idea de un rey patriota: obra escrita en inglés* Imprenta de José Busquets, Barcelona.

⁸⁸ **Sanmartín, José J.** (2008): “Ideas políticas y retóricas del presidencialismo constituyente en estados unidos” *Alpha* [online]. 2008, nº 27, pp. 147-166, <http://alpha.ulagos.cl> <http://www.scielo.cl/pdf/alpha/n27/art10.pdf>

Estados Unidos acababa de ser elegido presidente John Adams (1735-1826). Burke lo recordaba como embajador estadounidense en el Reino Unido (1785-1788). Y, más importante, por ser lector fanático de Bolingbroke, como Adams mismo reconocía⁸⁹. Todo lo contrario que Burke, que para desmarcarse de todos los admiradores de *reyes patriotas* dejaba constancia de lo siguiente: “Yo no suelo citar a Bolingbroke; sus obras tampoco han dejado en mí una impresión permanente. Es un escritor presuntuoso y superficial”⁹⁰.

Si Inglaterra era una nación que adoraba su libertad –pensaba Burke– los emigrantes de origen inglés que se asentaban en América, por lógica tenían que ser amantes de esa misma libertad. Era justo apoyarlos. Pero veinte años después, en 1797, tal estimación no parecía estar fundada. Dos días después del funeral de Burke, el diario *The Times* decía que había muerto uno que sabía que, para el Reino Unido, Estados Unidos no sería nunca “el extranjero”. Y efectivamente era así. Esto explica también por qué Burke era cada vez más beligerante. La guerra en toda regla contra Francia a consecuencia del abandono de la coalición por parte de Prusia, no era precisamente lo que habría preferido el Gobierno de Pitt. Es evidente que la preocupación que subyace en las reflexiones sobre la Revolución Francesa de Burke es el futuro de América. En este sentido, hay pocos libros cuyo título refleje tan mal su contenido como *Reflexiones*. A decir verdad, éste no es un libro sobre Francia sino sobre la actualidad de la política británica. Es también un libro sobre las perspectivas de la Revolución norteamericana. Las dos revoluciones no sólo son diferentes sino que son opuestas, comenta acertadamente el traductor de *Reflexiones* al alemán, Friedrich von Gentz (1764-1832)⁹¹.

⁸⁹ **Adams, John** (1856): *The Works of John Adams, Second President of the United States: with a Life of the Author, Notes and Illustrations, by his Grandson Charles Francis Adams* (Boston: Little, Brown and Co., 1856). 10 volumes. vol. 2, Chapter: *Diary with passages from an autobiography*, <http://oll.libertyfund.org/title/2100/159580/2818869>

⁹⁰ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 194.

⁹¹ **Gentz, Friedrich von**. (1977 [1800]): *The Origin and Principles of the American Revolution, Compared with the Origin and Principles to the French Revolution. Translated by John Quince Adams. A Facsimile Reproduction Edited and Introduced by Richard Loss, Scholars' Facsimiles and Reprints*, Delmar, New York.

A la vista de la recepción que encuentra entre los ingleses la Revolución en Francia, en 1790 Burke ya no debía de estar tan seguro de si los norteamericanos eran tan sinceros cuando reivindicaban la independencia partiendo de los mismos principios que la Revolución de 1688. Basta con repasar un texto de la bestia negra de *Reflexiones*, Richard Price, de 1785, *Observations on the Importance of the American Revolution and The Means of making it a Benefit to the World*, en el que afirma lo que jamás habría suscrito Burke, a saber, que la Revolución norteamericana no era la continuación de la de 1688 sino el comienzo de una nueva era en la historia de la humanidad. Y los británicos serían los primeros en salir ganando, eso sí, bajo la condición de que fueran lo suficientemente sabios como para corregir adecuadamente el control de sus ministros déspotas y tomar la antorcha de la virtuosa libertad que había preservado a sus hermanos americanos⁹². Con el paso del tiempo, hacia 1796, es posible que Burke temiera menos a los revolucionarios del otro lado del Canal que a los del otro lado del Atlántico.

El problema no era sólo este *rey patriota* que tanto complacía a los presidentes estadounidenses y que podía también atraer al monarca inglés o al primer ministro de turno. Lo peor estaba aún por llegar. Los estadounidenses tendrían pronto a un *rey filósofo*. En 1794, año de la retirada de Burke de la política, lo grave no era que Thomas Paine siguiera en Francia sino que el más acérrimo de los enemigos de la Constitución inglesa, Joseph Priestley, acababa de establecer su nueva residencia en Estados Unidos. Burke podía imaginar que la que fuera su querida colonia inglesa, a cuya independencia él mismo había contribuido, sería en adelante la tierra del proselitismo déista. El químico de Birmingham, que contaba con el apoyo del futuro presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson, por primera vez en su vida podría vivir bajo un régimen que estaba acorde con sus propias ideas e ideales⁹³.

El mundo de Burke hacía aguas. Mientras Catalina II de Rusia (1729-1796), en el pasado receptiva y sensible a los filósofos, en un giro radical de

⁹² **Price, Richard** (1991): *Political Writings* edited by D. O. Thomas, Cambridge University Press, Cambridge, p. 117.

⁹³ **Schofield, Robert E.** (2004): *The enlightenment of Joseph Priestley: a study of his life and work from 1773 to 1804*, The Pennsylvania State University, University Park.

actitud, ordenaba destruir todos los bustos de su filósofo preferido, Voltaire, en la recién nacida república de Estados Unidos colocaban a la cabeza del Estado a un verdadero filósofo que quería reinar: Thomas Jefferson. El tercer presidente estadounidense escribió al reverendo inglés: “Ya no podemos continuar diciendo que no hay nada nuevo bajo el sol. Todo este capítulo entero en la historia del hombre es nuevo. La gran extensión de nuestra república es nueva. Su diseminada población es nueva. La potente ola de opinión pública que la ha arrollado es nueva...”. A Burke le habrían horrorizado estas palabras, aunque es de suponer que no le habrían cogido por sorpresa. Por fuerza tenía que saber que los principios de la Revolución norteamericana –el derecho a la libertad de conciencia, el derecho a resistirse al poder cuando fuera abusivo y el derecho a elegir a los propios gobernantes– que tan elogiosamente se atribuyen a Jefferson, como autor material de la *Declaración de Independencia*, ya estaban presentes en la teología de Priestley⁹⁴. Burke, que pensaba que con Bolingbroke quedaba enterrado el deísmo –la verdadera amenaza para el progreso de la humanidad– y que había basado su sistema de pensamiento en el rechazo frontal del mismo, tuvo que enfrentarse por coherencia al rebrote deísta⁹⁵. El deísmo que sólo podía ser atribuido a los disidentes ingleses acabó siendo la nota distintiva de los primeros presidentes norteamericanos.

Las mismas palabras de absoluto desprecio que en *Reflexiones* dedica al reverendo Price, se las hubiera podido dedicar en grado sumo al presidente estadounidense Jefferson, una de cuyas máximas ambiciones era hacer realidad la revolución religiosa destinada a sustituir la cristiandad por una religión universal. Para eso necesitaba también a Priestley, a quien pidió que escribiese un libro que mostrase a Jesús de Nazaret como un filósofo genial. Priestley murió sin cumplir el encargo y fue el mismo presidente quien tuvo que realizarlo. El resultado se conoce como la “Biblia de Jefferson” o como *La Vida y Moralejas de Jesús de Nazaret*, según el título que le puso

⁹⁴ **Brooke, John Hedley** (2007): “La ciencia en los unitarios”, José Montesinos (ed.), Sergio Toledo (ed.): *Ciencia y religión en la Edad moderna* Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, pp. 253- 271, p. 258. http://www.gobiernodecanarias.org/educacion/3/usrn/fundoro/web_fcohc/005_publicaciones/actas_congresos/ciencia_religion.htm

⁹⁵ **Clark, Jonathan Charles Douglas** (2001): “Introduction” Burke, Edmund, *Reflections on the Revolution in France. A critical edition*, Stanford University Press, Stanford, pp. 23-140, p. 53.

su autor. En los tiempos de Burke nadie podía dudar de que ni Benjamin Franklin, ni Adams, ni tampoco Jefferson fueran cristianos⁹⁶, pero no se hablaba de ello. Hoy en día, y ésa es la gran diferencia, la “beatería fanática” del ateísmo, como los llamaba Burke⁹⁷, con Richard Dawkins a la cabeza, proclama a bombo y platillo el anticristianismo de los padres fundadores de la república estadounidense⁹⁸.

Se puede recordar el artículo 11 del Tratado de Paz y Amistad firmado en Trípoli el 4 de noviembre de 1796, que decía lo siguiente:

“Como el Gobierno de Estados Unidos de América no está en ningún sentido fundado en la religión cristiana –al no tener de por sí ningún tipo de enemistad contra las leyes, religión o tranquilidad de los musulmanes–, y como dichos estados nunca han entrado en ninguna guerra o acto de hostilidad contra ninguna nación mahometana, las partes declaran que ningún pretexto que surja de opiniones religiosas producirá jamás una interrupción de la armonía existente entre los dos países”⁹⁹.

La Ciencia Política, como la conocemos, debe muy poco a Aristóteles, algo a Hobbes y casi todo a Maquiavelo, pero sin ninguna duda no existiría sin tres ingleses –dos reverendos unitaristas, Price y Priestley, y un ateo, Paine–, unidos contra Burke y protegidos por los padres de la república norteamericana. Es comprensible que Burke moleste a la Ciencia Política. Fue el último que supo distinguir perfectamente entre religión, ciencia y política. Fue el último que no se dejó confundir por los que seguían traspasando impunemente las fronteras entre estos tres ámbitos. A partir de 1794 Burke tacha a los filósofos de pervertidos, que no tienen escrúpulos en tratar a los seres humanos como ratas. Ya no volverá a asistir a actos públicos tales como la inauguración de un puente diseñado por Paine, convencido de que los que demostraban tener facultades para inventar en el fondo lo que querían era obtener crédito para sus planes de cambiar al

⁹⁶ **Fea, John** (2011): *Was America Founded as a Christian Nation? A Historical Introduction*. Westminster John Knox Press, Louisville, p. 6.

⁹⁷ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 175.

⁹⁸ **Dawkins, Richard** (2008): *The God Delusion* Transworld Publisher, New York.

⁹⁹ *Treaty of Peace and Friendship, Signed at Tripoli November 4, 1796* http://avalon.law.yale.edu/18th_century/bar1796t.asp#art11

hombre. En febrero de 1796 Burke califica a los héroes de la Ciencia Política de secta de “filósofos fanáticos” que amenaza a Europa y a toda la humanidad con sus pretensiones de cambiar la mente humana.

Nunca anteriormente un grupo de literatos se había convertido en una banda de atracadores y asesinos. Nunca una guarida de pillos y bandidos había adquirido el ropaje y el tono de una academia de filósofos¹⁰⁰.

¿A quién se refería? Sólo podría tratarse de Thomas Paine, Richard Price y Joseph Priestley, todos ellos amigos de los padres fundadores de Estados Unidos. Thomas Paine fue invitado a América por primera vez por Benjamin Franklin. Fue Franklin quien sugirió en 1778 al Continental Congress que le otorgase el título de ciudadano de honor a la bestia negra de *Reflexiones*, Richard Price, y fue Franklin también quien encaminó a un predicador de éxito de 33 años de edad como era Joseph Priestley al estudio de la Química y le convenció para que completara su ya extenso campo de conocimientos y publicaciones como filólogo, teólogo, pedagogo y politólogo con los estudios sobre electricidad. ¡Cómo podía Burke olvidar que los dos futuros presidentes norteamericanos, Adams y Jefferson, habían visitado la iglesia disidente de Richard Price en Londres, la Newington Green Unitarian Church!

Burke intentaba que los ingleses abrieran los ojos a lo que estaba ocurriendo en Francia y les alertaba de los peligros que acechaban a su propio país. Antes de leer el discurso de Price, reconoció solemnemente que se había equivocado: “creía yo verdaderamente que había vivido en un país libre; y era éste un error que yo acariciaba”¹⁰¹. Cuanto más profundizaba en los entresijos de la revolución más daba por perdida a Francia, y veía que la prioridad tenía que ser otra. Era urgente arrancar la Revolución norteamericana de las garras de los *filósofos caníbales*, empezando por Thomas Paine. Éste, desde luego, no estaba dispuesto a ir a la cárcel inglesa, ni a ninguna otra. Pero fue encarcelado precisamente en la Francia revolucionaria que él tanto amaba en

¹⁰⁰ **Burke, Edmund** (1992): “A Letter to a Noble Lord February 1796”. En: *Further Reflections on the Revolution in France*, ed. Daniel E. Ritchie (Indianapolis: Liberty Fund 1992). Chapter: 7. Accessed from <http://oll.libertyfund.org/title/660/106884> on 2010-12-17.

¹⁰¹ **Burke, Edmund** (2003): *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* Alianza, Madrid, p. 96.

diciembre de 1793 durante el periodo del Terror. Aunque logró salvarse de la guillotina de puro milagro, siguió en Francia hasta que Thomas Jefferson, ya presidente, mandó un buque de guerra para retornarlo a Estados Unidos. El día 1 de noviembre de 1802, doce años después de que Burke denunciara en *Reflexiones* la conspiración milenarista, Paine volvía a unos Estados Unidos de América que había sufrido cambios, y no en la dirección que él deseaba. Los titulares de prensa hablaban de él como un peligroso ateaista. Muchos se acordaban de sus esfuerzos por unir las dos revoluciones, la norteamericana y la francesa, pero se quedaron con las palabras del presidente George Washington (1732-1799), quien en el Discurso de Despedida del 17 de septiembre de 1796 advertía de los peligros de unir las dos revoluciones. “Europa tiene una serie de intereses fundamentales que tienen ninguna o muy remota relación con nosotros. De aquí que se vea comprometida en frecuentes controversias, las causas de las cuales son esencialmente ajenas a nuestros intereses. De aquí, por lo tanto, que sea imprudente por nuestra parte complicarnos con vínculos artificiales en las ordinarias vicisitudes de su política y en las ordinarias combinaciones y colisiones de sus amistades y enemistades. (...) ¿Por qué hemos de renunciar a las ventajas de una situación tan peculiar? ¿Por qué hemos de abandonar el nuestro para colocarnos en un terreno extraño? ¿Por qué, entrelazando nuestro destino con el de cualquier parte de Europa, hemos de enredar nuestra paz y nuestra prosperidad en las redes de la ambición, la rivalidad, el interés y el humor o capricho europeos?”¹⁰².

En los albores del siglo XIX no quedaban en Norteamérica seguidores para alguien como Thomas Paine. Cuando murió no hubo cementerio en suelo norteamericano que acogiera su cadáver. La mala suerte se cebó en este cuáquero inglés hasta el final. Se desconoce dónde reposan sus restos mortales. Si no ha caído irremisiblemente en el olvido es gracias a Charles Edward Merriam (1874-1953), quien fundó en 1924 el primer Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Chicago, por lo que se le conoce como el *Moisés* de la Ciencia Política¹⁰³. Fue Merriam quien vio en

¹⁰² Perkins, Dexter (1964 [1955]): *Historia de la doctrina Monroe*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, p. 24.

¹⁰³ Gunnell, John G. (2005): “Political Science on the Cusp: Recovering a Discipline’s Past”. *American Political Science Review* vol.99, n° 4, pp. 597-609, p. 599.

Thomas Paine el guía para la nueva disciplina *Political Science*, que se ocuparía en delante de mantener a Edmund Burke lo más apartado posible, marcándolo con el estigma de “reaccionario”¹⁰⁴.

A Burke hay que valorarlo no por lo que inició o anticipó. No fue el primer conservador ni el primer anarquista. Su mérito radica en aquello que clausura. Esto es: Burke fue el último en no recurrir a la abstracción y a la simplificación para hablar de política. Fue el último en no interesarse por los conflictos sociales o por las revoluciones como supuestas soluciones a éstos. Burke no estaba *a favor* del Antiguo Régimen por ser antiguo sino porque creía que en él la libertad estaba mejor preservada. No tenía miedo de las mayorías, creía que son pocos los que amenazan la libertad al quererla sólo para sí. Sólo hay una amenaza a la libertad: el mal. El mal es real. Burke fue el último en pensar que la Revolución de 1789 fue una guerra de los franceses contra la Europa cristiana. La libertad sólo puede florecer, y los hombres beneficiarse de ella, cuando éstos viven en la religión. Sólo los hombres que tienen fe pueden ser libres. Sólo ellos están en condiciones de descubrir la estafa organizada por los filósofos que hacen promesas de felicidad cuando ordenan y mandan la libertad por decreto.

PALABRAS CLAVE

Ciencia Política • Pensamiento político • Pensadores liberales • Conservadurismo
• Libertad

RESUMEN

El autor estudia la relación de Edmund Burke con las bases de la actual Ciencia Política, y concluye que se trata de una relación de oposición. Cuestiona además las tesis sobre el supuesto origen burkeano del conservadurismo y estudia la relación de Burke con las revoluciones francesa y americana desde una perspectiva de estadista y no de mero político.

ABSTRACT

The author studies Edmund Burke's relationship with the foundations of current Political Science, and concludes that it is an antagonist relationship. Furthermore, he questions the thesis on the so-called Burkean origin of Conservatism and studies Burke's relationship with the French and American Revolutions from a statesman point of view and not merely as a politician.

¹⁰⁴ Merriam, Charles Edward (1899): “Thomas Paine's political theories” *Political Science Quarterly*, vol. XIV, September, pp. 389-403, p. 389.